

UN TESTIMONIO ILUSTRADO SOBRE "LA CIUDAD DE LOS CÉSARES"

La mítica *Ciudad de los Césares* dominó la fantasía colonial sudamericana desde el siglo XVI y cobró especial auge en tiempos de las exploraciones científicas¹. Se afirmaba que allí se habían fundido expediciones españolas perdidas con indios patagones y hasta con indios peruanos que huyeron de la dominación española². Las órdenes para descubrir este lugar, que acabó por soñarse como otro de los muchos *Dorados* americanos, vinieron hasta del propio Rey. Tras cada sospecha que se aclaraba, aparecían nuevas especulaciones que avivaban la leyenda. Sucesivas empresas frustradas debilitaron la veracidad de esos asertos. Al parecer las meticulosas exploraciones efectuadas a fines del XVIII por el piloto español José de Moraleda y Montero, y sus ilustrados razonamientos, minaron en mucho esa creencia, como lo señaló Barros Arana:

En el verano siguiente [1794], Moraleda se dispuso a continuar el reconocimiento de los archipiélagos i canales del sur de Chiloé. En esta provincia se hablaba entonces, como de un hecho incuestionable, de la existencia de las fabulosas ciudades que se suponían pobladas por españoles al otro lado de las cordilleras. Algunos vecinos de Chiloé se ofrecían a acompañar a los exploradores con la esperanza de llegar a esas poblaciones. El mismo gobernador del archipiélago se había dejado engañar por esas ilusiones, i al disponer la nueva expedición de Moraleda le encargó que tratase de ponerse en comunicación con esas ciudades, para cuyos habitantes le entregó un pliego cuyo sobrescrito tenía estas palabras: "Por el rei.—A los señores españoles establecidos

¹ Véase un claro panorama en PATRICIO ESTELLÉ y RICARDO COUYOUDMDJIAN, "La Ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)", *Historia*, VII (1968), pp. 283-309.

² Varios autores señalan la difusión de la leyenda; ENRIQUE GANDÍA, *La Ciudad Encantada de los Césares*, Buenos Aires, Librería de A. García Santos, 1933; CARLOS MORLA VICUÑA, *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1908; BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Chile. Relaciones históricas*, Santiago, Rafael Jover, 1877, t. I; RICARDO E. LATCHAM, "La leyenda de los Césares", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LX, núm. 64 (1929), pp. 193-254; y HANS STEFFEN, "Los fundamentos histórico-geográficos de la leyenda de los Césares", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LXV, núm. 69 (1930), pp. 101-123.

al sur de la laguna de Nahuelguapi.—Del gobernador de Castro, Calbuco i provincia de Chiloé". El 11 de febrero de 1794 salía Moraleda del puerto de San Carlos de Ancud en desempeño de aquella comisión...

Moraleda, al regresar al puerto de San Carlos el 18 de mayo de 1794, dió, puede decirse así, con sus juiciosas observaciones, el golpe definitivo a aquella antigua creencia que durante siglos había preocupado a tantas jentes³.

Pero también contribuyó a ello el espíritu racionalista del siglo. De allí el criterio flexible, inadvertido hasta hoy, del criollo franciscano Francisco Javier Ramírez⁴.

La abigarrada obra histórica del padre Ramírez, *Cronicón Sacro-Imperial de Chile*, escrita en su mayor parte durante el siglo XVIII, en dos volúmenes, se halla inédita⁵. El segundo tomo, que al parecer refería hechos cercanos a la vida del autor, se ha extraviado; el primero, del cual preparamos edición, ofrece noticias misceláneas del XVI al XVIII. Aparecen, junto a conocidos datos históricos y comentarios sobre doctrina cristiana, materiales de gran valor histórico-literario que los estudiosos no han aprovechado y que conviene medir con detenimiento. Las noticias consignadas con el *Cronicón* atañen de algún modo u otro a las actividades principales del autor: misionero entre los araucanos, educador —don Ambrosio O'Higgins lo nombró preceptor de su hijo Bernardo, el gran prócer de la independencia chilena—, y cronista particular de su orden. Entre los asuntos novedosos de la crónica figura un capítulo sin número sobre el mito de los Césares; en otra oportunidad trataremos, por su extensión, los manuscritos antiguos, hoy perdidos, que manejó fray Francisco y los que transcribió en su libro.

El material sobre la ciudad perdida aparece independiente, fuera de contexto y de la cronología de la obra, lo cual justifica tratamiento aparte; lo titula: "Posdata Crítica. Sobre los decan-

³ JOSÉ DE MORALEDA I MONTERO, *Exploraciones jeográficas e hidrográficas*; ed. Diego Barros Arana, Santiago, Imprenta Nacional, 1888, XVI-XVII.

⁴ El conocimiento biográfico del padre Ramírez es muy escaso; cf. algunas noticias en RAMÓN BRISEÑO, *Repertorio de antigüedades chilenas*, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1889, p. 349; DIEGO BARROS ARANA, *Historia jeneral de Chile*, VII, Santiago, Rafael Jover, 1886, pp. 553-559; JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Historia de la literatura colonial de Chile*, II, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878, pp. 467-474.

⁵ Cf. Archivo Nacional, Santiago de Chile, *Fondo Antiguo*, vol. LVII, fs. 1-559v.

tados Césares"⁶. Ramírez capta la fascinación que ejerció el mito durante el siglo XVIII —¡el de las luces!— y a la vez la incredulidad típica de la época. Da breve historia de ello y alude a actividades contemporáneas para ubicar la escurridiza ciudad. Refiere también detalles sobre la expedición de Ignacio Pinuer, Ventura Carvallo y fray Benito Salgado, efectuada en 1777, sobre la cual existían pocos detalles. Participó en el interrogatorio de los informantes en Valdivia; sus preguntas revelaron imprecisiones y contradicciones que restaron credibilidad a los informes.

Quando estuve en Valdivia tuve el honor de asistir al lado del señor yngeniero a las declaraciones de los de la expedición Cesárea, y estando ya para concluirse la sesión, se sirvió preguntarme: pues padrecito, qué le parece de todos los dichos y hechos. Respondíle: Señor, estoy complacido de ver el empeño heroico con que han llevado la empresa, y lo estuviera más si supiera los rumbos y paralelos de toda la derrota... Según esos rumbos... bien podían llegar a la provincia de Cuyo... Luego poco más o menos ése es el País de los Césares, y Mendoza, me fecit, o no hai tales Carneros⁷.

Luego fray Francisco refiere las noticias que le ofrecieron indios de Valdivia y de la Isla Mariquina; también encontró datos confusos, y puso de manifiesto su ignorancia.

Esta es la descripción de los Césares según relaciones de algunos yndios, y yndias antiguas... y por lo tocante a sus correrías y hostilidades por Mendoza y Buenos Ayres, me respondieron así en la Misión de la Mariquina los yndios de Doguel, extrañándoles el traje con que se presentaron, de ricos calzones y chupines de terciopelo carmesí, camisas mui finas y sombreros castores con otros cabos correspondientes: en una palabra, los yndios por lo común tienen por *Muruches*, o extranjeros a las gentes del gobierno de Buenos Ayres, a lo que ha contribuido la ninguna comunicación ni comercio con ellos por aquellos lados, y el no tener conexión en sus operaciones con el de Chile⁸.

Fray Francisco, sin embargo, no desecha terminantemente la creencia; la explica como cuando lo hace con los milagros; ve en ellos símbolos vitales que expresan profundos anhelos del

⁶ *Cronicón*, f. 49.

⁷ *Cronicón*, fs. 55-56.

⁸ *Cronicón*, fs. 54-55.

espíritu humano, aunque la ciencia los pueda verificar y explicar de otra manera; y concluye:

Entre la sensillez supersticiosa que lo cree todo y la cabilación irreligiosa que no cree nada, hai un medio para huir de estos extremos, y no estrellarse en alguno de los dos escollos, y consiste en no poner al poder divino los mismos límites que tiene nuestro conocimiento, ni a la bondad de Dios los que tiene nuestra voluntad⁹.

Muestra predilección por la verdad exacta y comprensión hacia los misterios humanos. Si bien más atenuado, el influjo del mito continuaba vivo. Por lo demás, recordemos que entre 1936 y 1939 varios autores chilenos coincidieron en escribir novelas sobre ese tema¹⁰.

Interesante testimonio que cabe incorporar a la ya extensa bibliografía de la leyenda.

JOSÉ ANADÓN

University of Notre Dame.

APÉNDICE

(*Cronicón Sacro-Imperial de Chile*, fos. 49-56)

POSDATA CRÍTICA¹¹

SOBRE LOS DECANTADOS CÉSARES

Concluida la descripción del clima osorniano, me ocurrieron a la pluma los Césares, tan deseados y buscados en nuestros días con expediciones formales. Por donde quiera que se mire este asunto a un problema natural y político sobre si existen o no, y si es nación salvaje

⁹ *Cronicón*, f. 94.

¹⁰ MANUEL ROJAS, *La Ciudad de los Césares*, Santiago, Ediciones Ercilla, 1936; HUGO SILVA, *Pacha Pulai, la Ciudad de los Césares*, Santiago, Zig-Zag, 1938; LUIS ENRIQUE DÉLANO, *En la ciudad de los Césares*, Santiago, Zig-Zag, 1939.

¹¹ En la transcripción se moderniza la ortografía y la puntuación; el lector tiene muestras del original en las citas de la nota introductoria.

y bárbara, o culta y civilizada en república y sociedad. El origen de los Césares, a pesar de su augusto nombre, es tan dudoso como su existencia, y la tradición popular es tan confusa y vacilante, que no da luz para esclarecer la verdad, ni ofrece rumbo para dirigir una expedición con buen suceso. Unos los ponen en los valles occidentales hacia el Estrecho de Magallanes, otros los colocan en la costa oriental patagónica y tierras magallánicas, y los que dicen ser descendientes de los españoles de la antigua Osorno los sitúan dentro de su clima, que termina a los 45 grados de latitud austral, y a consecuencia en los valles occidentales y orientales de sus Andes.

Los que opinan ser descendientes de los antiguos osornianos que se retiraron a las cordilleras cuando la pérdida de la ciudad en el primer alzamiento de los indios, se fundan en la noticia que dan Garcilaso en el primer tomo de sus *Comentarios del Perú*, y el padre Rebullosa en su *Historia* del mismo, reimpressa en Gerona por los años 1748. Los que ponen a los Césares en la costa oriental patagónica y tierras magallánicas, frente de las Malvinas, los hacen descendientes de un navío de españoles que naufragó en dichas costas por los años 1550, poco más o menos, siendo Emperador Carlos V, y son a los que conviene el nombre de Césares, como a los imperiales. De éstos trata Juan Botero en su *Descripción Geográfica* impresa por los años 1590, Murillo Velarde sobre el mismo asunto, y Feijóo en sus países imaginarios.

Últimamente, los que sitúan estos pueblos en los valles occidentales de los Andes hacia el Estrecho de Magallanes los suponen oriundos de los españoles y familias que se retiraron de la ciudad de San Felipe y fuerte de Jesús situados en el continente de Chile cerca del Estrecho de Magallanes por los años 1580, no pudiendo subsistir allí por la dureza del clima y falta de auxilios, si es que quedaron algunos que pudieran contarlo, como se dirá más adelante.

En atención a estas noticias, y las suministradas posteriormente por Silvestre Antonio de Rojas y otros viajeros, a fin de averiguar la verdad y comprender en una expedición católica universal todas las situaciones mencionadas, se sirvió la Majestad del Señor Felipe V, por su real cédula de 18 de mayo del año pasado 1716 (que se conserva en la Secretaría de Gobierno) mandar a su presidente de Chile, que lo era a la sazón don Martín de la Concha, que inmediatamente se procediese a la averiguación y descubrimiento de todas las naciones de este continente de Chile, sujetándolas como era debido a la Real Corona y tratando de su conversión al cristianismo. No tuvo efecto lo mandado por entonces, ni en el gobierno de su sucesor don Gabriel Cano, que llegó a Chile con un cuerpo de cinco mil hombres, en la situación crítica de estar sublevados todos los indios fronterizos, de que resultó la retirada o pérdida de las tres plazas más avanzadas e interesantes de Tucapel, Arauco y Purén, y una total imposibilidad de verificar la expedición, a no hacerla por los lados de Mendoza, que era lo mejor y más barato.

Si la expedición que se hizo por Valdivia con el objeto de los Césares el año pasado de 1777, siendo gobernador don Joaquín de Espinosa y Dávalos, se hubiera emprendido por la ciudad de Mendoza no se frustraría como aquélla, ni los expedicionistas hubieran sufrido tantas incomodidades y trabajos en los Andes, que se vieron obligados al regreso antes que entrase el invierno. Por Mendoza era más fácil, trivial y expedita la empresa, sin tener que montar las cordilleras, recorriendo con 500 hombres todas sus faldas y todos sus valles orientales hasta los 50 grados al Sur, poco más o menos, donde se unen los Andes con la costa del oriente, cruzando sus meridianos y paralelos, o su altura y longitud con corta diferencia. Por esta ruta y rumbo N.S. descubrían la famosa abra de Villa Rica, la gran laguna de Nahuelguapi con todos sus habitantes, recorrían todo el país de los poelches y de los patagones.

De aquí daban vuelta por el centro, o mediterráneo entre la costa y los Andes, cruzaban toda la Patagonia, las Pampas que llaman de los indios, los famosos ríos de Nahuelguapi, el Grande, el Desaguadero, que corre N.S., cuyas orillas se asegura están muy pobladas de gentes; y cata aquí en globo todo el continente de los pretensos Césares, sin tener que atravesar las cordilleras, como por Valdivia, y no avanzar nada después de tantos trabajos.

Dije sin avanzar nada tocante al descubrimiento de los Césares, que por lo demás fue muy útil y ventajosa la expedición por las adquisiciones que se hicieron con la misión y el fuerte de Río Bueno, y las plausibles resultas de la repoblación de Osorno y comunicación de Chiloé; además de esto, se esclareció más el asunto de los Césares con noticias más seguras y circunstanciadas para formar el derrotero y el punto fijo de la expedición.

Efectivamente, todos los indios de la ruta convenían en que los Césares míos y ajenos estaban de la otra banda de las cordilleras, y algunos de los más prácticos y noticiosos añadían que pasados los Andes estarían distantes al Norte como dos o tres días de camino. Con que ya tenemos mucho adelantado con saber que no son los supuestos osornianos, a no ser idénticos y de un labio con los pegüenches y güilliches, que son los habitantes conocidos de los Andes y sus valles occidentales; ni tampoco los filipinos del estrecho, pues si no pudieron mantenerse en la costa por el rigor del clima, menos podrían vivir y propagarse sobre aquellas montañas inaccesibles, cubiertas de nieve todo el año.

Los Césares de Botero se cuentan con los muertos o cautivos por los antiguos patagones, o de un labio como los supuestos osornianos. Las costas donde se dice naufragaron están reconocidas, observadas y medidas a palmos por los ingleses, franceses y españoles por más de 30 leguas tierra adentro hacia el poniente, o los Andes; y aunque han visto algunas gentes, pero de poco pelo para Césares. Estos, pues, para detallarlos son de un golpe según las noticias que adquirí estando en Valdivia son Muruches, o Murugüincas, como llaman los indios y

significa extranjeros; no son españoles como los de Chile, ni tienen el mismo Rey, no comunicación ni comercio con ellos. Están situados en un país muy dilatado y delicioso; viven en pueblos, tienen gentes de toda estofa, frailes, clérigos, y soldados; grandes casas, conventos, iglesias, muchas estancias y haciendas adonde ellos van a sus correrías y pillajes; pues como no son españoles como los de Chile, no tienen amistad ni paces con ellos, y por eso hay tantos cautivos en Villa Rica, y entre los pegüinches y güiliches.

Esta es la descripción de los Césares según relaciones de algunos indios e indias antiguos que estuvieron entre ellos, o cautivos o alquilados; y por lo tocante a sus correrías y hostilidades por Mendoza y Buenos Aires, me respondieron así en la misión de la Mariquina los indios de Doguel, extrañándole el traje con que se presentaron de ricos calzones y chupines de terciopelo carmesí, camisas muy finas y sombreros castores, con otros cabos correspondientes. En una palabra, los indios por lo común tienen por muruches, o extranjeros, a las gentes del gobierno de Buenos Aires, a lo que ha contribuido la ninguna comunicación ni comercio con ellos por aquellos lados, y el no tener conexión en sus operaciones con el de Chile.

Vamos atando cabos. Cuando estuve en Valdivia tuve el honor de asistir al lado del señor ingeniero a las declaraciones de los de la expedición cesárea, y estando ya para concluirse la sesión se sirvió preguntarme:

—“Pues padrecito, ¿qué le parece de todos los dichos y hechos?”

Respondíle:

—“Señor, estoy complacido de ver el empeño heroico con que han llevado la empresa, y lo estuviera más si supiera los rumbos y paralelos de toda la derrota”.

Suspendióse un poco, y llamando al condestable le mandó que dijese los rumbos de la expedición; y respondió que casi siempre habían demorado al leste, cuarta al nordeste, lesnordeste, nordeste cuarta al leste, nordeste cuarta al norte, que quiere decir adonde nacía el sol.

Díjale entonces al condestable:

—“Pues amigo, si han seguido la expedición seguramente han dado con los Césares, si no mienten los cuatro términos, o principios universales: rumbo, distancia, latitud y longitud; y lo pruebo así: La expedición salió de Valdivia, que está por los 40 grados de latitud; según los rumbos que siguieron, saltan a la otra banda de los Andes por la abra de Villa Rica, que no hay otro camino por esos lados y está por los 35 grados, o con tres jornadas al norte bien podían llegar a la Gran Provincia de Cuyo, que está por los 36 grados; luego, poco más o menos, ése es el País de los Césares, y Mendoza me fecit, o no hay tales Carneros”.

Lo dicho, dicho.

